

AZAR Y MUERTE

Probablemente el azar ha reunido en un mismo día las necrológicas de dos grandes hombres, José Gómez Caffarena SJ y Eugenio Trías.

A ambos los conocí personalmente, más al primero que al segundo, de ambos leí libros y con ambos charlé de manera más o menos formal. Caffarena, como todo el mundo le conocía, era un hombre enjuto, dulce y que irradiaba esa sabiduría auténtica que carece de pretensiones. Participé en algunos de los seminarios que organizaba en el CSIC porque se suponía que yo sabía algo de Islam, pero siempre aprendí más de lo que él proponía como debate, que de lo que yo había estudiado para no hacer mal papel.

Tuvo que seguir en la brecha al morir repentinamente otro buen amigo, José María Mardones, cuando ya hacía tiempo que deseaba retirarse. Gracias a esa circunstancia desgraciada gozamos de su docencia, de sus conocimientos y de su bondad. Es triste que se vayan personas así. Quizá desde un punto de vista egoísta, porque seguimos necesitando de su magisterio.

Algo semejante ocurre con Eugenio Trías. Imponente de figura, pero retraído y tímido, aunque los que nos acercábamos a él lo hacíamos con el temor que infunde un gran maestro y un sabio. Sólo en una ocasión tuve ocasión de tener una larga charla con él y pude apreciar lo mucho que sabía de música y cine, y de pensar, buscando respuestas a las grandes incógnitas. Su teoría sobre la necesidad de las religiones y su complementariedad respecto a los interrogantes que plantea su visión del límite, me iluminaron y le dieron sentido a mucho de mi trabajo y también a mi propia elaboración de fe.

Ambos hombres, tan distintos en lo físico, pero tan semejantes en conocimiento, nos han legado numerosos libros que podrán seguir abriéndonos caminos para la reflexión, la meditación y el crecimiento interior. Los echaremos de menos, pero su legado sigue vivo y, en especial a D. José a quien más traté, lo llevaré en el recuerdo por su sonrisa, su benevolencia, su aprecio y su sencillez.